

REPRODUCCION

Tomo III.—No. 54.— 30 de enero de 1921

Víctor Hugo

Carta al Director de "La Ilustración"

Bristol, 20 de julio de 1885.

Mi estimado amigo: Mientras París, con ruidoso patriotismo, se preparaba para celebrar la deificación cívica de Víctor Hugo, quiso Vd. que fuese yo, devoto del Maestro, quien recordase en *La Ilustración*, la grandeza genial del hombre y de la obra. Le respondí que en esos momentos yo sentía la misma emoción que agitaba a París, y que sólo sabría unirme al tumulto de la glorificación, ofreciendo mi pobre palma verde y dejando también algunos granos de incienso sobre las llamas sagradas. Y hoy, cuando la apoteosis del épico de *Los Miserables* parece ya tan remota como la coronación del autor de la *Henriada*, descubro aún, ante su amable insistencia en conocer cuál fué el influjo de Hugo en mi generación literaria, que este fanatis-

mo por el Maestro, de que no me quiero curar, me impide toda crítica lúcida y desapasionada.

Admiro a Víctor Hugo, amigo mío, exactamente como él admiraba a Shakespeare, "comme une brute". Le amo en toda su luz solar y en todas sus extrañas manchas; y aun ante aquellos aspectos de su vida y de su obra de los que todos se retiran impacientes o sonriendo, permanezco yo obtusamente postrado. ¡Soy, amigo, de los que creen hasta en la sociología de Hugo! Ya ve Vd. que *La Ilustración* no tiene nada que ganar con las opiniones de una persona tan embrutecida en su superstición.

Ni sé siquiera, francamente, lo que Vd. desea averiguar: la influencia de Hugo en mi generación literaria se limita a la influencia general que ejerció en la literatura francesa, de la que la nuestra es un reflejo a un tiempo ingenuo y afectado. Mis más queridos camaradas de letras—con excepción del poeta, hermano de Juvenal, que escribió *La Muerte de Don Juan*--ni se impregnaron de Hugo, ni lo admiran sino incidentalmente, por su forta-

leza de luchador y el raro poder de su verbo lírico; fué de esto, sienten hacia él una respetuosa aversión.

No es lugar adecuado una carta familiar para explicar esta disidencia de mis amigos, en que entran razones filosóficas y razones de temperamento; baste decir que a uno de ellos, uno de los más nobles y altos espíritus críticos de nuestro tiempo, oí, con indecible horror, llamar al Maestro «tonto genial», y «foco de infección espiritualista»; y otro, a quien corresponde la gloria de haber resucitado al viejo Portugal histórico, que dormía en el fondo de vetustas crónicas, cubierto de rapé frailuno, nos pintó a Hugo recientemente, en el prólogo de un libro de versos, como un enorme Sileno, borracho de énfasis, bebiendo de un colosal cántaro de retórica.

Cuanto a la generación nueva, primavera sagrada que da su flor en «esos escritos que aparecen todas las mañanas», como dice púdicamente el Arzobispo de París, esa alude siempre a Hugo misteriosamente, llamándole «el titán», «el coloso», «el águila», «el volcán.» No se puede saber por

tales exclamaciones cuál es la impresión que le ha dejado *La Leyenda de los Siglos*; porque este modo de hablar de un poeta, tratándolo de «volcán», es apenas un recurso inhábil para desembarazarse del severo deber de comprenderlo. Pienso que la influencia de Hugo entre nosotros se manifestó sobre todo en la imitación de aquello que más nos interesa como meridionales, la forma, la imagen, la manera lujosa de vestir la idea... Hombres voluptuosos del país del sol, amando principalmente sonidos y colores, apenas admiramos en un poeta el brillo de la expresión en lo que de más superficial tiene; por eso con Hugo nos aplicamos ante todo a remedar el modo estridente y centelleante de chocar la antítesis. Creo que no nos preocupamos de nada más, como nos sucedió recientemente con el naturalismo, a cuyos nuevos métodos de análisis nos mostramos indiferentes, y nos apresuramos a imitar sus bizarrías de forma y colorido. En toda evolución del arte, dejamos los principios y nos quedamos con los amaneramientos.

Respecto a la influencia que Hugo

ejerció en mí, ¿vale acaso la pena, querido amigo, recordar cosa tan personal y poco interesante? Yo casi aprendí a leer en sus obras, y de tal modo me penetró cada una de ellas, que, así como otros recuerdan épocas de vida o estados de espíritu, aspirando un perfume u oyendo una melodía, yo vuelvo a ver de repente, al releer antiguos versos suyos, todo mi pasado, paisajes, casas que habité, ocupaciones y sentimientos muertos... Fuí, en realidad, criado dentro de la obra del Maestro, como se puede ser criado en una floresta. Recibí mi educación del rumor de sus odas, de los amplios soplos de su cólera, del confuso terror de su deísmo, de la gracia de su piedad y de las luminosas nieblas de su humanitarismo. Todo esto levantaba en torno de mí como una floresta, y recibí de ella, para mi bien o mi mal, mucho de su vaguedad, de sus sombras y de sus injustificables visiones. Me apropié sus odios apasionadamente, y corrí transportado tras el vuelo lírico de sus entusiasmos. Y así siempre detesté a ese personaje melancólico y narigudo que, con el nombre equívoco de Napo-

león III, vaga por las sentinas de la Historia, sin que me valiese comprobar más tarde que era en el fondo un pobre César, quimérico, hipocondríaco, libertino y trivial. Y seguí creyendo obstinadamente en los Estados Unidos de Europa, aunque amigos caritativos procuraban arrancarme creencia tan pueril con razones y sarcasmos. Acompañé a Hugo en su indulgencia enternecida hacia todos los extraviados, todos los vencidos y todos los miserables. Su deísmo fué el mío; como él, tuve fe en el mesianismo de Francia,— y un horror irracional, incontenible, a ese cuartel pintado de metafísica que está más allá del Rhin. Esta es mi lamentable confesión. Es humillante; me da la apariencia de ser una hierba rastrera, temblando al pie de un cedro, viviendo del excedente de su savia. Hubo, ciertamente, brucas rebeliones en mi idolatría. El mismo pueblo de Israel, con toda su frenética adoración por Jehová, hallábalo a veces intolerable. Y cuando vi últimamente a Hugo mofarse del venerable y santo Darwin, tratándolo de inglés petulante y vano, con monóculo y barbas amarillas, que puso, por

excentricidad y humorismo, una cola de macaco en las costillas del hombre—, me llevé las manos a la cabeza, lleno de vergüenza y de dolor .. Pero, sin embargo, aún realizo el tipo del «hugólatra» con perfección suficiente. Para mí el Maestro permanece excelso y augusto entre los hombres. «Je l'admire comme une brute».

Amo toda su obra, novela, sátira, drama, visión, poema, crítica, discurso, cántico y canción de la calle. Se me impone por su grandeza y armónica unidad. Hugo es un poeta épico: todo en él, sea novela social, versos a «Jeanne» o estudio sobre Voltaire, toma la forma épica; toda su obra es, en efecto, una vasta epopeya en mil fragmentos de prosa y verso, teniendo como asunto la lucha entre el hombre y la fatalidad,—fatalidad de la naturaleza, de la religión y de la sociedad.

Puede a veces pintar ese formidable combate en una historia patética y completa, como *Los Trabajadores del Mar*; puede murmurarlo apenas en una fugitiva y trémula impresión junto a una cuna, o viendo en los campos a los sembradores dejar la simiente

en el surco. En las estrofas del abuelo enternecido o en las imprecaciones del profeta, todo pertenece a la misma epopeya.

Hugo no analiza, no explica ese doloroso combate del hombre contra la fatalidad: lo canta, con exaltación de bardo unas veces, lleno de compasión infinita, dominado otras por infinita cólera. Bajo la indignación y la piedad, sin embargo, palpita siempre la certidumbre de la victoria definitiva del hombre, y lo ve con todo el esplendor de un Adán perfecto, libre de las religiones, máscaras sofocantes y falsas del rostro de Dios; libre de la realeza, forro de todas las servidumbres sociales, y casi libertado también de las leyes que fijan sus pies a la tierra, subiendo hasta las nubes con las invenciones del siglo XIX. Esta afirmación del triunfo último de Adán constituye toda su filosofía, y todo su arte prodigioso fué empleado en cantar los desfallecimientos y los heroísmos de esa ascensión hacia la luz.

Para cantar tan sublime conflicto, creó, en mi opinión, el verbo más poderoso y bello que encantó oídos huma-

nos. La lengua castigada y sobria de Ronsard, de Racine, de Molière, admirablemente adecuada para expresar sentimientos medios y equilibrados, perfecta por consiguiente como instrumento de crítica, hubiera sido enteramente impotente para esta esforzada epopeya. Por eso tuvo que construirse otro lenguaje que pudiese expresar todo el hombre y toda la naturaleza, en sus más contrarios extremos, desde lo bestial hasta lo divino; tan fina, delicada y transparente, que en ella se pudiese transmitir, sin que se evaporase, el aroma de una simple flor silvestre; tan fuerte y resplandeciente, que al través de ella ganasen brillo y fuerza el diamante y el oro; tan dúctil, penetrante y trascendente, que pudiese modelar lo invisible y «decir» lo «inefable». Hugo dice lo «inefable», desde la mirada vagamente pensativa del infante, hasta las cuerdas de viento que barren el mar de la Mancha..... Por esto, cuando considero esta asombrosa epopeya, agitando el problema más alto que se pueda levantar ante los hombres, cantada al són de la lira de mil cuerdas, en una lengua

como jamás hubo otra en la tierra, me parece que mis queridos amigos exageran diciendo que este hombre que habló de tal suerte era un «tonto genial» y un «Sileno borracho de énfasis»

Ciertamente, carece Hugo de simplicidad, de ironía. Divaga en ocasiones acerca de un árbol o sobre el borde musgoso de un muro, con el clamor y la exaltación de un profeta; es que Hugo, como todos los profetas, vive en la llama de una idea única, la pelea vehemente del hombre contra el destino. Ella es la compañera espectral de su vida; se le aparece detrás de las cosas más sencillas, despertando su conmiseración o su ira. Así, en el ramaje que gime sacudido por la tormenta, imagina las lamentaciones de una multitud oprimida, y no puede inclinarse sobre una cuna sin que tanta paz le recuerde las violencias que conturban el mundo. Y falta también en Hugo la ironía:—testigo de esa contienda, cuyos invisibles y terribles episodios juzga sorprender a cada instante su mirada de vidente, permanece en perpetuo estado de vibración trágica, con el que la ironía es incompatible.

Esta ausencia de ironía hace incurrir al gran poeta en grandes flaquezas, de las que no es la menor ese pavor mezclado de adoración que el universo le inspira, y que se nos antoja a nosotros tan anticientífico. En efecto, ninguno de los que hicimos honrosamente nuestro examen de «Introducción a los tres Reinos», imaginaría jamás que en las fibras de la ortiga, con tanto horror y grandeza apostrofada por Hugo en las *Contemplaciones*, se revuelve presa y para siempre erizada de cólera el alma negra de Judas. Nosotros infinitamente más instruidos, conocemos la honesta naturaleza de la ortiga, gracias a Dios, y estamos al cabo de que Judas fué acaso solamente un patriota exaltado y poco sufrido. Si encontramos a nuestros pies una piedra, no la interpelamos, temblorosos de emoción, en violentas estrofas, esperando que una voz en su interior responda revelando el misterio inefable: hombres prácticos, utilizamos las piedras para levantar más nuestro muro o apedrear mejor a nuestro semejante. Pero un espíritu poético que, en perpetuo arranque, quiere pene-

trar más allá de lo mensurable y lo tangible, descifrar la piedra y llegar al secreto de las cosas,—si no produce verdades que la ciencia pueda aprovechar, sube en cambio más que cualquier otro espíritu hasta las proximidades de ese ideal a que damos tradicionalmente el nombre tradicional y teológico de *Dios*.... Y si ese ansioso esfuerzo para llegar al lado de Dios, como dice Proudhon, no hace que la tierra dé más frutos, ni que disminuyan los dolores humanos, promueve una alta educación espiritual, levanta los corazones, eleva desde la grosera materialidad hasta las formas más bellas y más puras del pensar y del sentir, y da dulcemente a la vida no sé qué gusto divino..... Hugo es, de todos los poetas, el que, en su ardiente idealismo, se acercó más al lado de Dios.

Ese sollozo agitado que conmueve toda la obra de Hugo, parece quitarle la suprema serenidad que es la belleza soberana del arte. Pero serenidad no es indiferencia. Nada hubo más sereno—si Vd. me permite la comparación—que Minerva, protectora de

Atenas; y sin embargo, como Vd. sabe, intervenía en las contiendas de los pueblos, arrancaba los cabellos a los héroes y combatió furiosamente, armada de diamante, en Salamina y Platea. Su inmortal serenidad consistía en que todas sus acciones de Diosa concurrían, en bella armonía, a un fin justo y bello: la independenciamiento y la gloria de Atenas, el perfeccionamiento victorioso de su hermosa raza, la pacífica florecencia de su genio equilibrado, la concentrada majestad de su república, perfecta de formas como el frontis de un templo..... Así sucede con la musa de Hugo: revestida de áurea armadura, traspasa con sus flechas a los opresores, gime largamente sobre los vencidos, perturba toda la naturaleza, revuelve toda la historia; pero este aparente delirio tiende a un fin de excelsa serenidad, la concordia universal, la rescatadora igualdad, el reino imperecedero de la justicia... Y este Paraíso prometido por el poeta, distante como está, baña toda su obra de una inmortal claridad, que es la esencia de la serenidad. Y la alta belleza de la obra de Hugo consiste justamente en este fuer-

te optimismo, en esta grandiosa fe de el hombre, en la radiante certeza en que triunfará de las fatalidades y de los cautiverios.

Lo que acaso desentona de vez en cuando es el excesivo papel que atribuye a Francia en la liberación definitiva de la humanidad.

Cierto es que yo, educado en Hugo, creo piadosamente en el mesianismo de Francia. Ninguna nación ha contribuido como ella para hacer del rudo bárbaro del siglo XV el hombre culto del siglo XIX; ella posee en el más alto grado esas divinas cualidades espirituales de dulzura y de luz, que son los más penetrantes agentes de educación humana. Nadie como ella ha dado al mundo la grande lección de la igualdad; y la igualdad es, seguramente, la mayor evidencia de civilización. Pero, aun amando a Francia, no es posible aceptarla como Hugo la concebía y como la pintó, en versos bien conocidos, cubierta de oro y de sinople, yendo a combatir en el gran combate, seguida de un león familiar, que es Dios. La creación del Paraíso humano, si es posible, no será obra exclu-

siva de Francia, armada y trayendo a Dios detrás como un perro de batalla; será obra colectiva de todos nosotros, latinos y sajones, los que pertenecemos a esa nación de deslumbrada claridad, sin capital ni fronteras, que se llama el Espíritu...

Fué principalmente este mesianismo de Francia, sin cesar y espléndidamente cantado a los oídos franceses, como un acto de esperanza, lo que hizo a Hugo prodigiosamente amado en Francia; fué de la necesidad que Francia tuvo, después de la derrota de 1870, de oponer a la supremacía política de Alemania una superioridad intelectual, encarnada, como pedía el instinto latino, en un héroe, y no en una clase. Por lo demás ¿es Hugo completamente un francés, un galo? Antes me parece en ocasiones celta o germánico. Su genio sombrío; su visión desmesurada; su inquieto espiritualismo; el esplendor de su lenguaje, que tanto dificulta la circulación de sus ideas, porque en vez de esa ligereza de medalla, que da a las ideas francesas su facilidad de transmisión, ofrece la complicación de un monumento: todo esto se me

figura en contradicción con el espíritu francés, definido, sobrio, exacto, reglamentado, claro, terso y positivo.

Dicen también algunos que Hugo es nombre sajón. Por el padre pertenece a los Vosgos, tierra de gente tenaz; de allí heredó talvez su férreo heroísmo de voluntad. Por parte de madre, era de Bretaña, el reino poético de las siete florestas, de las cuales la más hermosa, la de Brocelianda, pertenecía de derecho a las hadas; quizá proceda de ahí su vasta y sombría imaginación. En el fondo todavía es bien francés y tiene las dos cualidades latinas, orden y luz. Hay simetría en su delirio, y sus más violentas concepciones están alumbradas por una luz interior.

Una grandeza muy francesa de Hugo, es su amplia clemencia, su infinita piedad por los débiles y por los pequeños... En esto influyó considerablemente sobre su siglo. Ciertamente que no inventó él la misericordia, pero la popularizó. En los mismos Evangelios hay aun mucha cólera; Jesús tiene palabras inexorables de condenación y de castigo. Hugo, en su vejez espe-

cialmente, había alcanzado tal grado de "piedad suprema", que perdonaba hasta a los tiranos, a los feroces exterminadores de pueblos, a los monstruos. Y su justificación de Torquemada, que quemaba por amor, para purificar a la criatura y darle en cambio de un dolor pasajero la eterna bienaventuranza, constituye, además de una obra de arte incomparable, el punto culminante de la excelencia moral de Hugo. Dió al alma humana un profundo estremecimiento de compasión: la filantropía, que es la aurora confusa y vaga del socialismo, como práctica social, coincide con su predicación lírica de la bondad. Su noble clamor en pro de los débiles, penetrando las almas, influirá en los códigos, y porque un poeta cantó, el mundo será mejor.

Por una razón paralela, considero yo eminentemente fecunda la acción política de Hugo. Hugo no era en su tiempo un hombre de Estado como Turgot: Hugo es el bardo de la democracia. No le corresponde organizarla, sino anunciarla. Dice en un radiante lirismo el advenimiento del Reino del Hombre, y su voz rítmica llama hacia él las

multitudes. Las instintivas masas humanas no se mueven sino por la imaginación y por el sentimiento; la lógica persuade al hombre culto, pero no convence a los simples. Un llamamiento a la libertad y la justicia, hecho en estrofas que seducen como las antiguas "voces del cielo", arrebató a las muchedumbres que muchos volúmenes de filosofía dejarían indiferentes. Cuando se quiere hacer marchar un regimiento, no se le explica, con las sutilezas de un protocolo, los motivos que llevan a la guerra; desdóblase una bandera, hácese sonar un clarín, y el regimiento acomete. El Cristianismo fué hecho así, con imágenes, con parábolas, con "declamaciones". En los tiempos mismos de Jesús y antes de él, hubo hombres como Hillel, Schammai y el noble Gamaliel, cuyas predicaciones contenían ya todas las simientes del Cristianismo. Y ¿qué sucedió? Que no los escuchó nadie, porque eran doctores, argumentadores, políticos, hombres prácticos. Surge un inspirado, más allá de la Galilea, que habla vagamente de piedad, de amor, de fraternidad y del Reino delicioso de Dios, y el mundo, ma-

ravillado, deja los viejos cultos y las viejas religiones, y va tras él, captado para siempre. Son los himnos los que hacen las revoluciones; y no conceder influencia social a Hugo porque no escribió como Stuart Mill, me parece no querer admitir que en todos los movimientos sociales el sentimiento es el agente más poderoso, y que tan benemérito de la democracia es quien la exalta en sus cantos, como los que, legislando, la tornan después fuerte y estable.

Esta carta, querido amigo, comenzada para negarle mis impresiones de sectario, como inútiles y poco originales, va convirtiéndose en una interminable jaculatoria al Altísimo Poeta. Y al terminar, recordando esta inmensa obra, gloria tan grande, me pregunto: ¿qué quedará de Víctor Hugo, cuando hayan pasado varios siglos? Tal vez el nombre sólo, como quedaron los de Homero, Esquilo y Dante. Con el largo correr de los tiempos, los nobles genios que hicieron vibrar más fuertemente el alma de su época, pasan poco a poco hasta ser apenas asunto de estudio de comentadores. Profeta popular en otro tiempo, aclamado en las plazas: hoy

infolio de biblioteca a que sólo la alta erudición sacude el polvo. ¿Quién lee hoy a Homero? ¿Quién a Dante? ¿Quién de vosotros, de nosotros, lee la *Odisea*, *Los siete contra Tebas*, a Sófocles y Tácito, el *Purgatorio* y los dramas históricos de Shakespeare, y hasta a Voltaire y Camoens? Ciertamente, se tiene opinión sobre el “noble estilo de Tácito” y la “ironía de Aristófanes”; pero esas sentencias se transmiten ya hechas para uso de la elocuencia, un poco marchitas y enmohecidas. Cítase a Virgilio, pero se lee a Daudet.

Apenas a los veinte años, al entrar en la Universidad al comienzo de una carrera de Letras, se abre aquí y allí eso que llamamos “los clásicos”, y se recorre distraídamente un episodio famoso, como el de Francesca da Rimini, o una arenga del *Cid*. Luégo sólo se vuelve a encontrar el gran poema o el gran drama en una sala, sobre la mesa, con ilustraciones de un Doré, y una encuadernación tan dorada como la caja de una momia egipcia, sirviendo de adorno al lado de un cofre de marfil o de unas rosas frescas puestas en un vaso de China. *La Divina Comedia*, *Don*

Quijote y la *Iliada*, son hoy—a no ser para los comentaristas—y para espíritus exquisitamente literarios—, volúmenes, decorativos. La multitud conoce apenas a Hamlet por verlo constantemente en oleografías, entre la nieve de un cementerio, con la calavera de Yorick en la mano. Y Fausto escaparía de nuestra memoria si no se nos presentase todas las noches ante unas luces a contarnos los anhelos de su vasta alma, al són de violoncelos, en arias y valeses que arrullan la melancolía de las mujeres.

Una cosa, sin embargo, queda de los grandes genios: el contorno legendario de su personalidad. Es como un retrato moral que se fija en la imaginación, y que se va reproduciendo al través de los tiempos; así vemos perpetuamente a Dante en sus largas vestiduras fúnebres, lívido y siniestro, contemplado con terror en las calles, como quien volvió del Infierno. Y esa imagen material torna al hombre de genio tanto más amado, cuanto que simboliza la actitud moral que su espíritu tomaba en servicio de la humanidad: así veneramos la figura de Voltaire, que invariablemente se nos aparece en su pol-

trona de Ferney, dejando volar de sus labios, que *sonríen siempre*, y que ya no podemos concebir *sino sonriendo*, aquellos epigramas que iban a herir mortalmente en el flanco a la vieja sociedad.

Por eso supongo que, de aquí a quinientos años, apenas se sabrá el nombre de Hugo. La juventud, en sus primeras curiosidades literarias, leerá una u otra de sus poesías líricas; y sólo muy confusamente se sabrá quién era Juan Valjean o Triboulet.

Pero su personalidad será siempre recordada. Y eternamente se le verá, en infinita gloria, tal como él más impresionó a su siglo: no pacífico y ancestral, rodeado de la idolatría de París, sino en su isla de Guernesey, sombrío y agitado, lanzando imprecaciones contra los tiranos, defendiendo a todos los oprimidos y, por sobre el rumor del mar, hablando espléndidamente a los hombres, de piedad, de paz, de fraternidad, de libertad y de perdón.

EÇA DE QUEIROZ,

Insigne portugués, muerto en 1900.

(Traducción de Francisco Romero).

De Emilio Faguet

«Tengo razón aun en la práctica; porque sé que estoy solo; pero si yo fuera MUCHOS, si fuera NUMEROSO, formaría un partido que, ya colocándose en el plato de la derecha, ya en el de la izquierda, impidiera que la balanza se inclinara a un lado o al otro y la obligara a mantenerse en el centro justo; que protegiera siempre a aquellos—fueran los que fueren—en quienes se violara la libertad, sólo la libertad.

«Este TERCER PARTIDO, sospechoso para M. Brunetiére u objeto de sus burlas, si existiera, no sería un partido, sería más bien una liga para el interés de cada uno, para el derecho de cada uno y para el derecho público; sería una liga contra los partidos, en el sentido de que estaría siempre a favor del partido que fuera inofensivo por estar vencido, y contra el partido que fuese temible y detestable por estar vencedor: Todos los parti-

dos, cuando son vencedores, se convierten inmediatamente en temibles y detestables. Aquél no sería un partido sino un contra-partido.

«Este partido es precisamente el que debería existir, el que debería desearse que existiera, que fuera numeroso, que estuviera bien organizado y que fuera fuerte...

«Este partido, QUE SERIA SIMPLEMENTE EL PARTIDO REPUBLICANO, si partido republicano quiere decir partido de ideas republicanas, sería al mismo tiempo el PARTIDO NACIONAL, porque él pondría el interés general por encima de todo interés de partido, de pandillaje, de sindicato o de confesión...

«Si consultara mis gustos y mis pasiones no me chocaría pertenecer a un partido (de los numerosos y catalogados): esto presta apoyo y da seguridad; no se ve uno aislado; se siente uno enmarcado, asociado, engranado; esto halaga y da seguridad; acaricia el instinto interior de «todo lo que empuja al hombre a colocarse en rebaño». Tampoco me chocaría pertenecer a un partido que tuviera la mayoría: así puede uno decir que es el Estado,

que es la República, que es el país; y que los otros no son sino emigrados al interior, o más bien, que son cantidad desestimable y despreciable (quantité negligeeable et méprisable); que no son nada; y esto es muy sabroso...

«Pero se trata de saber si todo esto está en mi interés, es decir, si es de interés general; porque no hay interés verdadero para cada uno; no hay interés permanente, durable, sólido y definitivamente real para cada uno, sino en el interés general. Ahora he creído demostrar, y mejor que yo lo demuestran la historia antigua y moderna, los hechos más lejanos y los más recientes, que el depotismo arruina rápidamente a los pueblos, los lleva pronto a un estado de languidez y de pereza de que no pueden levantarse nunca; que, particularmente, el despotismo MODERN STYLE, esto es, en un país que pretende ser libre, la dominación de un partido, la dominación de un sindicato político que vive del Estado y que, esclavizando a los otros, agota las fuentes de la actividad individual y colectiva de que pudiera aprovechar el Estado, es un gobierno

que amputa y que mutila la nación más de lo que pudiera hacerlo una guerra desgraciada; es un gobierno que cada año hace descender al país un peldaño en la escala comparativa de las naciones, tanto en el aspecto económico como en el aspecto político».

Le Liberalisme, Págs. 322, 324, 333, 334, 335.

La derrota del Wilsonismo

LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES dieron por resultado una abrumadora derrota del partido del presidente Wilson. Aunque habíase previsto unánimemente una victoria republicana, las proporciones de ella han sido tales que han sorprendido hasta a los más vehementes miembros de ese partido. Nunca habíase recibido una votación tan colosal por un candidato presidencial, como la recibida por el senador Harding en las últimas elecciones. El veredicto de la nación ha sido pronunciado, no sobre la candidatura del senador Harding, sino sobre la administración del presidente Wilson. El resultado se inter-

preta como significación de que el pueblo desaprueba los procedimientos y la política del presidente y desea substituir el gobierno personal, excesivamente centralizado, por el gobierno de un partido responsable.

El Exportador Americano

*
* *

Esto significa,—comenta *The Boston Herald*— algo más que un cambio en el partido del gobierno. Significa el retorno al gobierno de un partido responsable, después de ocho años de dominio intolerante—e intolerable—de un solo hombre. Significa el cambio completo en los procedimientos, en los ideales, en los fines. Pone a la cabeza del gobierno a un hombre que no es demasiado orgulloso para pedir consejos, que los pedirá en vez de despreciarlos, y que perseguirá el bien del país entero, de todos sus grupos y regiones, todas las comunidades e intereses, ampliamente y altruistamente, sin ninguna obsesión personal de infabilidad de juicio.

*
* *

Harding y Coolidge han sido electos. Han sido llevados a sus puestos por una avalancha. Nunca habíase dado a candidatos para presidente y vicepresidente tal mayoría sobre sus contrincantes,—dice *The New York Herald*.

«Superficialmente esto parecería significar que Harding y Coolidge tienen más ascendiente sobre el pueblo, en lo concerniente a popularidad personal o confianza nacional, que los candidatos de cualesquiera elecciones nacionales anteriores.

«Tal conclusión no sería sensata. Las avalanchas políticas, que todo lo arrollan ante ellas, nacen de muy distinta fuente. No se presentan al llamamiento de la popularidad personal. Son la expresión de un pueblo irritado, la protesta de una nación ultrajada.

«La autocracia de Wilson, imprudente, intolerante, dictatorial, y la ineficiencia democrática, el despilfarro extravagante, son el origen de la avalancha de 1920. El pueblo de este país democrático ha sufrido todo lo que podía o quería resistir de czarismo».